

Simetría variable

Siempre desayunas lo mismo. Y como siempre, con el run run de los noticieros de la radio. Alta Fidelidad FM. Así titulaste tu último relato, una fotocopia tuya en blanco y negro. Luego friegas los platos sucios apilados de la noche anterior, la única distorsión que te permites en tu mundo milimetrado. Después te calzas las deportivas cerradas de los paseos y descuelgas las correas del colgador estratégicamente girado 45 grados. Clavados.

Los perros olfatean sueltos por la pinada. No tienes miedo a que se despisten, conocen el itinerario de sobra. Aprovechas para estirarte sin pudor. Tres inspiraciones profundas con los brazos arañando la copa de los pinos y cuatro flexiones a mirarte el ombligo. Y cuando levantas la cabeza, uno de los perros ha desaparecido. Lo ves demasiado cerca de la carretera que limita el bosque. Corres tras él pero no puedes evitar que cruce a la pinaleta de enfrente. Le regañas y le azotas sin mucha convicción, al rato lo dejas suelto otra vez. Nunca vienes aquí. “¿Para qué cambiar si en apariencia es lo mismo?”.

Sin embargo, hoy te concedes un margen y te das una vuelta. “Bah, no deja de ser un pinar como otro cualquiera...” Pero llegas a un declive del terreno donde encuentras cuatro pinos encaramados a las dunas, entre lentiscos, acebuches y retamas. Te parecen auténticos, un recuerdo de vida silvestre. La vegetación amortigua el ruido del tráfico y hasta parece que el aire corre más fresco en la vaguada. Recoges algunos cristales que impiden crecer a unos tréboles. Piensas que son fragmentos de tu propia memoria enterrados y decides adoptar el lugar. Empiezas por santificarlo, limpiándolo de las piedras de cemento, de los trozos de ladrillo, donde nada crecerá jamás. Disfrutas recogiendo la basura, llevas siempre una bolsa en el pantalón, piensas que el bosque de alguna manera te lo agradece.

“Aquí hay un buen relato”. Piensas vagamente en algo relacionado con la esperanza. Ya entrevés el argumento. Surgen adjetivos, sinónimos, onomatopeyas en la voz de tu protagonista. Ves claro que el tiempo en presente reforzará la intensidad del verde de tu anhelo. Llenas la bolsa, aún sacas otra. “Tengo que devolverle a este lugar la armonía, borrar la ignominia”. Sólo te falta un conflicto, un giro narrativo cuando de pronto oyes el estruendo de una moto arruinando tus pensamientos.

Te incorporas y llamas a los perros. Tu voz se pierde entre los petardazos del tubo de escape. Coges un trozo de ladrillo y te aproximas al motorista que hace cabriolas, duna arriba y abajo, destrozándolo todo a su paso. Amoldas el ladrillo a tus manos y lo llevas a la altura de tu vista como si fuera una cámara. El tipo te ve y se acerca despacio controlando sus movimientos.

- ¿Qué haces? -te dice, quitándose el casco y mirándote con el rostro contraído.
- Ya ves, un reportaje -dices escondiendo las manos a tu espalda. Y te envalentonas-: ¿Usted no sabe que por aquí no se puede andar en moto?
- ¿Y usted no sabe que no puede llevar a los perros sueltos? Eso, y que los ladrillos hacen muy malas fotografías.

Os reís. Os fumáis un cigarro. Cosa que nunca haces. Y menos con el personaje malvado de la historia.

Cuando vuelves a casa no te preocupas en girar el colgador de las correas de paseo a sus 45 grados reglamentarios.

Pablo Aguayo.